

**INCAS CONTRA AZTECAS, HISTORIA VERSUS LITERATURA.
O DE CÓMO COMBATIERON A DOS DE TRES CAÍDAS, AMBOS PUEBLOS
(Y AMBAS DISCIPLINAS), EN UNA NOVELA MEXICANA DEL SIGLO XIX**

CRUZ ALBERTO GONZÁLEZ DÍAZ



La historia precortesiana de Michoacán ha despertado el interés de muchos talentos de primer orden, consagrados al estudio de nuestras antigüedades, por haber sido esta parte del territorio del actual México, el asiento de un señorío fuerte, que fue rival nunca vencido del pueblo azteca; con una organización económico-social muy avanzada, en comparación con las tribus circundantes; por la dulzura y perfección de su idioma; por la destreza que tuvieron para ejecutar sus artes menores y por la riqueza de los productos naturales que su suelo ha contenido.

Jesús Romero Flores (1940)

PROLEGÓMENOS

Desde el siglo XVI hasta el siglo XX, la historia de los tarascos o purépecha de Michoacán —pueblo mesoamericano asentado en el occidente de México—,¹ despertó gran interés entre los conquistadores, los misioneros, los cronistas

¹ En este escrito usaremos las grafías que se utilizaban en la época para escribir el gentilicio, asumiendo que en la actualidad el término comúnmente aceptado es *p'urhépecha*. También usaremos indiscriminadamente el término *tarasco*, comúnmente aceptado en aquel entonces.



y demás estudiosos. Dan prueba de ello las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés en el siglo XVI, las obras de Antonio de Herrera y Tordesillas, fray Pablo Beaumont y Lorenzo Boturini Benaducci —en el siglo XVIII—, las del abad Brasseur de Bourbourg, Manuel Orozco y Berra, Vicente Riva Palacio, Manuel Payno y Alfredo Chavero, en el siglo XIX, y ya en los albores de la vigésima centuria, las del mismísimo Eduard Seler.

Este interés, se incrementó cuando los especialistas pudieron disponer de la *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan hecha al Ilmo. Sr. D. Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad, etc.*, ordenada por el virrey Antonio de Mendoza en 1540, pero publicada en Madrid, hasta 1869, bajo el cuidado de Don Florencio Janer. Hoy la conocemos, simplemente, como *Relación de Michoacán*.

Desde entonces —aunque trunca, mutilada e incompleta— esta misteriosa *Relación* fue considerada como el buque insignia de la historiografía michoacana, al grado de que el autor que nos ocupa, Eduardo Ruiz (Paracho, 1839-Uruapan, 1902) extrajo de sus páginas “los principales temas para escribir una serie de leyendas y narraciones escritas en el estilo poético, seminovelesco y descriptivo, tan en boga entre los literatos de su generación, que fué el grupo de escritores que florecieron al triunfo de la República, a partir del año de 1867”.²

En efecto, Ruiz pertenece a la generación que agrupada en torno a la figura del maestro Ignacio Manuel Altamirano “quiso volver por los fueros de una literatura nacionalista, escogiendo temas propios de nuestra vida mexicana [...] en obras que, como las del propio Altamirano[,], *El Zarco y Clemencia*, y las de [Vicente] Riva Palacio [...], reproducían episodios de nuestra historia o [...] de nuestras costumbres regionales”.³

Nuestro autor vio en la *Relación de Michoacán*:

... una fuente de temas de intenso sabor michoacano, muy propios para satisfacer su afán de propagar la historia en forma novelesca, [tal y como] era el pensamiento de su maestro Altamirano. Producto de su trabajo fueron dos

² ROMERO FLORES, “Prólogo a la presente edición”, p. 10.

³ ROMERO FLORES, “Prólogo a la presente edición”, pp. 13-14.

tomos que él tituló *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, [en los que] utilizó el material de la *Relación*, [...aunado al] desarrollo de otros temas producto de su [...] inventiva o recogid[o]s en las consejas y leyendas populares de Michoacán [...] La aparición del primer tomo [1891], le ocasionó [...] fuertes polémicas [...] con otro michoacano distinguido, el doctor Nicolás León; polémicas que versaban [...] sobre la pretendida verdad histórica del Manuscrito, sobre cuestiones etimológicas [y] sobre tópicos conexos o derivados de los temas tratados por el propio licenciado Ruiz.⁴

En la colisión Eduardo Ruiz versus Nicolás León, asistimos al enfrentamiento de la literatura nacionalista y costumbrista mexicana del siglo XIX con la disciplina histórica, la que, apabullada por el surgimiento de la antropología y los espectaculares hallazgos de la arqueología, deseaba alcanzar la cientificidad academicista que le permitiera mirarse de igual a igual con las ciencias sociales canonizadas por el positivismo. En el prólogo de su obra, publicada en 1891, Ruiz —quien muy pronto tendrá que defenderse de los embates de su rival— sostenía que “nunca ha sido mi ánimo dar a la vaga relación de los sucesos de Michoacán anteriores a la conquista, el carácter de historia. [Porque] para esta empresa no hay elementos bastantes”.⁵ A pesar de conocer —afirmaba Eduardo Ruiz— una amplia lista de obras en las que habría luz para “alumbrar aquellos tiempos oscuros” de la historia prehispánica de Michoacán, y de sostener que no había otra fuente más confiable que la *Relación*, juzgaba insuficientes los materiales para escribir una historia, razones que lo llevaron a adoptar el estilo *legendario*.⁶

El germen de las leyendas está en las obras que he citado y en las tradiciones que me son conocidas desde mi infancia. Yo soy responsable de su desarrollo y el primero en reconocer mi insuficiencia para darles una forma literaria. Mas como en todo el relato puede encontrarse algo cierto y bueno, que acaso servirá más tarde para escribir la verdadera historia, declaro que esos datos fidedignos pertenecen principalmente al señor mi padre y a las demás personas mencionadas. Y mi deseo de que no se pierdan para la historia de

⁴ ROMERO FLORES, “Prólogo a la presente edición”, p. 14.

⁵ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 19.

⁶ Las cursivas son mías.

Michoacán esos tesoros que he heredado de personas que ya no existen, es la única disculpa de este libro.⁷

Haciendo acopio de esta fuente no obstante la exigüidad de sus datos, nuestro autor no desmayó en sus estudios, haciéndolos extensivos a la historia de otros pueblos que hoy llamamos mesoamericanos.

EL ORIGEN SUDAMERICANO

En busca de una etnografía y filología semejantes a la de los tarascos, Ruiz sostenía, no sin sorpresa, que había “una grande analogía entre el Perú y el Michoacán antiguos. Los dos pueblos tenían iguales instituciones, las mismas prácticas religiosas, parecidas leyendas y los dos eran adoradores del sol”.⁸ En el Perú, Venezuela y otras regiones de América del Sur y las Antillas —llegó a afirmar— estarían desperdigados muchos nombres tarascos. Lo anterior era para Ruiz, prueba suficiente de una misteriosa peregrinación del sur al norte del continente, inédita —si no es que inaudita— dentro de lo que se sabía sobre la historia antigua de los pueblos originarios del continente.

En efecto, la mitología tarasca refiere que el ser humano fue creado por Tucupacha, deidad principal, quien “hizo de barro un hombre y una mujer, los cuales, entrándose a bañar, se deshicieron en el agua; entonces [...Tucupacha] los volvió a formar de ceniza y de algunos metales, quedando fuertes y siendo los progenitores del género humano.”⁹ Las diversas creaciones indicarían tres estados del mundo que precedieron a la creación definitiva del hombre.¹⁰ Eduardo Ruiz hace eco de las creaciones humanas sucesivas, antes de referir el advenimiento de la destrucción por las aguas y la creación —por parte de ¡Tucupacha Pachacamac!— de una nueva generación de seres humanos.¹¹

⁷ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 25. Las cursivas son del autor.

⁸ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 25.

⁹ OROZCO Y BERRA, *Historia antigua y de la conquista de México*, p. 480. Los nombres de las divinidades, personajes, lugares y categorías sociales utilizadas siguen la grafía de los índices e instrumentos de consulta elaborados por Claudia Espejel, en la versión electrónica de la *Relación de Michoacán*. Utilizo la mayoría de las veces la primera de las opciones que proporcionan los índices. Véase ESPEJEL, *Relación de Michoacán. Instrumentos de consulta*, <http://etzakutarakua.colmich.edu.mx/proyectos/relaciondemichoacan/>.

¹⁰ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 67.

¹¹ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 31. El segundo nombre de la deidad, haría referencia a una divinidad inca.

Del diluvio sólo se salva una pareja y su familia, que abordan un arca de madera, llena de animales y semillas que debieron salvaguardar.¹² Los hijos de la pareja —cuatro hermanos sobrevivientes y sus mujeres— se adueñarán de la tierra,¹³ dando lugar a cuatro tribus que con el tiempo viajarán, según la interpretación de Ruiz, de su insólito lugar de origen, en el Perú, al suroeste del continente americano, hasta el lejano Vayameo —ya en tierras michoacas—, ubicadas en el actual occidente de México.¹⁴

En su afán por probar esta migración levógira, Ruiz sostiene que los primeros pobladores de este mítico lugar de origen, denominado por los nahuas Tamoanchan, equivalía a la palabra tarasca *Tamo-achá*, que significa “los cuatro señores”, nombre que haría referencia a los cuatro hermanos que se salvaron o fueron creados después del diluvio.¹⁵

Entre los lindes de lo histórico y lo legendario, Ruiz hizo venir a los purépecha de Sudamérica, hasta lo que sería su hogar, en el occidente del actual México.¹⁶ La lengua tarasca, como era nombrada en aquella época, habría sido el idioma secreto que hablaban los jefes de las tribus incas. Prueba de ello sería “la semejanza de muchos nombres de lugares [sudamericanos] con los de sitios y pueblos de Michoacán, al grado de tener [...] la misma significación”.¹⁷ La obra no tiene desperdicio, además de la interpretación de los mitos que hoy llamamos p'urhépecha, Eduardo Ruiz hace lo propio con los mitos nahuas, viendo en ellos un proceso histórico desarrollado principalmente en la geografía michoacana, concretamente, en el distrito noroccidental de... ¡Zamora, Michoacán!¹⁸

Citando a fray Alonso de Larrea y su *Crónica franciscana de Michoacán* del siglo XVII, Eduardo Ruiz sostiene que, según las pinturas y tradiciones conservadas, para venir los tarascos a estas partes, pasaron por un brazo de mar, que tiene esta tierra por el norte. El lienzo donde está pintada su venida —se refiere al *Lienzo de Jucutacato*— mostraría nueve naciones saliendo de las siete cuevas del poniente, pasando un estrecho de mar en balsas de

¹² OROZCO Y BERRA, *Historia antigua y de la conquista de México*, p. 480. Véase también, RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 67.

¹³ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 33.

¹⁴ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 370-371.

¹⁵ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 351.

¹⁶ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 33-49.

¹⁷ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 451.

¹⁸ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 92-93.

madera.¹⁹ De una colosal tinaja salen muchas gentes. Se ve a los peregrinos caminando —¿acaso estarían navegando?— sobre tortugas para indicar el dilatadísimo tiempo de la peregrinación. La imagen del cuadro barro-tierra que reverbera, se aplicaría a las tierras del Ecuador. En el lienzo están descritas las cuatro grandes provincias en que estaba dividido Michoacán.²⁰

¿Podemos abrigar siquiera la presunción de que en algo hemos logrado descifrar el jeroglífico? De ninguna manera. Aquí como en muchas partes de este libro, no hacemos otra cosa que aventurar conjeturas. Buscamos el camino, y sólo deseamos que lo encuentre otro más afortunado o experto que nosotros.²¹

LOS PURÉPECHAS VINIERON DEL SUR

A contracorriente de la historiografía centralista y academicista de la época, Eduardo Ruiz plantea una migración de sur a norte, haciendo venir a los tarascos desde la cordillera de los Andes, en medio de acontecimientos portentosos, caminando siempre hacia el norte y siguiendo las costas del litoral del Pacífico, evitando encontrarse con sus moradores.²²

Aunque los tarascos creían que eran los únicos descendientes de los primeros moradores de la tierra, pronto advirtieron que había pueblos que se les habían adelantado en el camino. A su paso por Chiapas y Tabasco, notan la semejanza de los templos y adoratorios que encuentran a su paso, con los que encontraban en sus mapas del Perú, obra de “poderosas naciones de su mismo origen [que] habían inmigrado [...a...] aquellos países muchos siglos antes”.²³ Ruiz no descarta la posibilidad, de que tribus de otras regiones se hayan unido a los peregrinos durante la travesía.²⁴ Con ello, descartaba —heréticamente— el origen canónico de los pueblos de la América Media, que se remonta a las siete cuevas del mítico Aztlán, ubicadas al norte de lo que hoy llamamos Mesoamérica.

¹⁹ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 68-69.

²⁰ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 68-72.

²¹ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 72.

²² RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 29-49, 343. En un momento dado de la narración, Ruiz hará de las cadenas montañosas michoacanas, jestrificaciones de la cordillera andina!

²³ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 48.

²⁴ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 329-330. Véase la nota 2.

Ruiz afirmaba categóricamente que “los *purépecha* vinieron del Sur. Si en la América Septentrional todas las migraciones [...] procede[n] del Norte, en la meridional, como lo vemos en la historia del Perú, se suponen venidas del Sur; acaso de la Tierra del Fuego, acaso vomitadas por el polo antártico”.²⁵

**PRIMERA CAÍDA: EDUARDO RUIZ VS NICOLÁS LEÓN,
LITERATURA E HISTORIA TANTEANDO SUS LÍMITES**

La apostasía sobre el origen de los purépechas, postulada por Ruiz, no sentó nada bien a los historiadores mexicanos de pipa, levita y guante, a pesar de que ellos mismos postulaban un origen igual de mítico y legendario, que hacía venir a los tarascos del norte de continente, emparentándolos con los aztecas. Entre los defensores del origen norteño, validado por las fuentes del altiplano central, se encontraban los michoacanos Nicolás León (Quiroga, 1859-Oaxaca, 1929), Francisco Plancarte y Navarrete (Zamora, 1856-Monterrey, 1920), así como el ilustre historiador veracruzano Francisco del Paso y Troncoso (Veracruz, 1842 – Florencia, 1916).

Para esta tríada de historiadores vinculados e identificados con la historia académica con pretensiones de cientificidad, el origen de los michoacanos estaba en el valle de las siete cuevas como lo consignaba Sahagún: “[y] habiéndose salido de allí [...] volviéronse [...] con su señor que les guiaba, [...] hacia el occidente en aquellas partes donde están poblados ahora.”²⁶ Los tarascos o purépecha salieron de las siete cuevas de Chicomoztoc,²⁷ junto con los mexicas, “ viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas, y llegando a un estrecho ó brazo de mar [...] se determinaron á pasarle, formando balsas de troncos de árboles”.²⁸

La asunción de la peregrinación sur-norte, rompe la filiación mexicana-purépecha, acrecentando aún más, el antagonismo simbólico de ambos pueblos. No conforme con ello, Ruiz afrenta los mitos primordiales mexica, despojándolos de su carácter divino, al situar Aztlán, el mítico lugar de ori-

²⁵ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 78.

²⁶ LEÓN, *Los tarascos*, p. 15

²⁷ LEÓN, *Los tarascos*, pp. 21-22. Aquí, Nicolás León sostiene que La Rea y Muñoz Camargo fallan en sus apreciaciones respecto al Lienzo de Jucutacato: “porque no están allí las siete cuevas [...] Tampoco [...] el agua”, aunque concede que su presencia y la de las balsas, se sugiere con las tortugas.

²⁸ LEÓN, “¿Cuál era el nombre”, p. 40. Las cursivas son del original.

gen de los mexicas, en la geografía michoacana, concretamente en ¡Ixtlán de los Hervores! Eduardo Ruiz hace del nacimiento partenogenético de Huitzilopochtli, una estrategia desesperada para que la sacerdotisa mexicana Coatlicue, intente retener el amor de un guerrero... ¡purépecha!, del que está profundamente enamorada.²⁹

Finalmente, el mito de la división entre tarascos y mexicas, mismo que resultaba vergonzoso para los primeros, es explicado a través de una poco honorable invasión mexicana, que terminó con el saqueo de la capital de los purépecha, a manos de los rencorosos y malagradecidos mexicas, que así pagaban años de hospedaje forzoso.³⁰

PRIMERA BATALLA ENTRE LAS SUPERPOTENCIAS DE LA AMÉRICA MEDIA

Bien establecido el origen incaico de los purépecha y ya sembrada la discordia con los mexicanos, Ruiz da cuenta de la primera batalla entre ambos pueblos, ya consolidados ambos como potencias militares del México prehispánico. Acabados los trabajos de la Piedra del Sol, al tlatoani Axayácatl se le ocurrió que era buena idea sacrificar tarascos para festejar su consagración. Con un poderoso ejército, acampó en Taximaroa —hoy Ciudad Hidalgo— en la frontera oriental del señorío michoaque, una frontera constantemente en disputa por ambos señoríos. Aunque los informes de los espías mexicanos —de acuerdo con la versión de Ruiz— aconsejaban no enfrentar a los tarascos, Axayácatl hizo avanzar al ejército de los aztecas, mismo que se encontró con lo siguiente:

Descubrieron a la gente tarasca muy en orden y lucida con todos los señores delante, tan llenos de joyas y plumas, tan resplandecientes y deslumbrantes de

²⁹ Dentro de la mitología mexicana, Coatlicue es la diosa de la tierra que concibe y da a luz, milagrosamente, al dios principal de los mexicas o aztecas: Huitzilopochtli.

³⁰ La historia de la división, la refieren con algunas variantes: Mariano Veytia, Diego Durán, Fernando de Alvarado Tezozómoc y Diego Muñoz Camargo, todos ellos cronistas del siglo XVI, con excepción del primero (XVIII). He aquí una brevísima síntesis: habiendo partido los aztecas de Chicomoctoc, y yendo todos juntos, se adelantaron algunos y llegando a un estrecho o brazo de mar, lo pasaron, formando balsas de troncos de árboles que amarraron con los *maxtlis* o prendas con se cubrían las partes pudendas. Como al pasar habían quedado inutilizadas sus ropas, para cubrirse pidieron a las mujeres sus *huipilli* o blusas; ellas quedaron descubiertas de la cintura hacia arriba y ellos tapados hasta los muslos, “deshonestos” y haciendo ruido con sus vergüenzas. Alcanzados por sus compañeros, fueron amonestados por estar desnudos, motivando la reprimenda una ruptura, que dio por resultado que los privados de ropas se quedaran en Michoacán.

oro, con tan lujosos brazaletes, sandalias, orejeras, bezotes y diademas también de oro, en la cabeza, que como [era] a la salida del sol, [la] hora en que los descubrieron, con el resplandor quitaban la vista.³¹

La derrota de los mexicanos fue estrepitosa, al grado de que Diego Durán, el fraile de quien se toma la narración de la batalla, sostiene que no mostraron los “tarascos punta de flaqueza, antes de mucho valor y de destreza.”³²

Como Tenochtitlan nunca pierde, Axayácatl y sus principales realizaron un segundo intento, reforzándose con contingentes de guerreros matlazincas provenientes del valle de Toluca, pero “fue tan sin provecho la arremetida, que como moscas [...] que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos”, obligando al *tlatoani* a dar la orden de retirada “para que su gente no fuese consumida y acabada”.³³

SEGUNDA BATALLA ENTRE “ROMANOS” Y “CARTAGINESES” DEL POSCLÁSICO

La segunda batalla entre las dos superpotencias del posclásico mesoamericano, habría acaecido en Zinapécuaro, muy cerca del lago de Cuitzeo. Ahí, Ruiz hace rival de Zuanga, cazonci de Michoacán, al orgulloso *tlatoani* Moctezuma II, quien nuevamente auxiliado por los matlazincas, habría enviado un ejército comandado por el famoso guerrero tlaxcalteca Tlahuicole, mismo que habiendo caído prisionero de los mexicas, ahora les servía como mercenario. En una batalla terrible que se prolongó durante todo un día, no hubo vencidos ni vencedores, teniendo que retirarse los mexicas, con innumerables muertos y heridos.

TERCERA Y ÚLTIMA BATALLA

No contento con los resultados militares obtenidos, Moctezuma II dispuso un nuevo ejército que excedía por mucho al ejército michoaque. Ante la gravedad de la situación Zuanga ordenó:

³¹ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 388.

³² RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 388.

³³ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 389.

... juntar con abundancia bastimentos de comida y bebida, y haciéndol[os] conducir en hombros de indios fue marchando su ejército hasta hacer rostro al campo del emperador mexicano, y en vez de escuadronar sus soldados, plantar sus estandartes y fijar sus pabellones, fueron tendiendo en el campo la comida y bebida, por todo el lienzo que cogía la copia militar de México, y al embestirlos éstos, dieron en correr los tarascos fingiéndose fugitivos, y los mexicanos los seguían ya como victoriosos. Dieron de improviso en la comida y bebida abundante que el campo les ofrecía, y ellos, más hambrientos que belicosos, soltaron las armas, se entregaron a comer y beber muy de propósito. Cuando ya les pareció a los tarascos tendrían enervadas las fuerzas con la abundancia del vino, volvieron muy de pensado sobre ellos, haciendo tal destrozo en el ejército, que los más quedaron muertos, y muchos cautivos, quedando por mucho tiempo como funesto monumento de esa victoria, innumerables huesos en el campo entre Maravatío y Zitácuaro.³⁴

PARALIPÓMENOS DE AQUELLAS BATALLAS

Finalmente, Ruiz refiere las embajadas mexicanas que pidieron ayuda a los purépechas para combatir juntos a los españoles: “Dos reinos son nombrados en la tierra: México y [Michoacán], en donde están los templos de nuestros dioses. ¿Los dejaremos destruir?”³⁵ De la primera, Moctezuma sólo obtiene que los michoacanos envíen espías, para ver de cerca a los españoles. Alarmado por los reportes de sus enviados, Zuanga decide no confiar en los mexicanos y esperar a que los españoles vengán a sus tierras.³⁶ Una vez muertos Moctezuma y Cuitláhuac, Cuauhtémoc, último señor azteca, intenta nuevamente pactar una alianza con los aguerridos purépecha. Pero sus emisarios ya no encuentran a Zuanga, sino a un indeciso, cruel y joven señor Tzinzicha Tanganxoan, quien mandar sacrificar a los enviados del tlatoani Cuauhtémoc, para que en el inframundo le puedan preguntar a su padre, esa propuesta que traen.

³⁴ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 402.

³⁵ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 410.

³⁶ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 412.

SEGUNDA CAÍDA: LA EMBESTIDA DE EDUARDO RUIZ VS NICOLÁS LEÓN

Es evidente que las diferencias entre Ruiz y León, no se concentran en esta parte de la historia, sino en la polémica sobre el origen mitológico del pueblo tarasco. Parece que fue el propio Ruiz —quien rondaba ya los 52 años— quien inició las hostilidades cuando en la primera nota del prólogo de la primera edición de su obra *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, publicada en 1891, se refiere a León como un “joven laborioso” —León andaba por los 32— que necesita un mayor conocimiento del idioma tarasco para progresar en sus estudios.³⁷ No obstante, en la tercera nota del citado prólogo, Ruiz se ampara en el juicio de ese “joven laborioso” para sostener que los tarascos serranos, a los que él propio Ruiz pertenecía, eran los que hablaban la lengua purépecha con mayor pericia y la conservaban con mayor pureza.³⁸

Sin embargo, cuando es menester, Ruiz no duda en arremeter nuevamente contra el joven Nicolás León, cuando discute el significado del nombre del último gobernante de Michoacán, Tzintzicha Tanganxoán, al considerar que la traducción de Tzintzicha —“El de los buenos dientes”, suscrita por León— es absurda. Al criticar a León, Ruiz defiende la traducción de su maestro Vicente Riva Palacio, quien traduce “Tzintzicha” como “El de la voz dulce”.³⁹

Las constantes alusiones de Ruiz, hicieron que el doctor León respondiera con virulencia, afirmando que el primero era un lingüista borundiano, de estrechos horizontes críticos, porque sus traducciones y etimologías eran prodigios de ingenio y desvaríos: escamoteando palabras, afirma León, Ruiz descubrió el origen y migraciones de los tarascos.⁴⁰ A juicio de León, el procedimiento filológico de Ruiz era peregrino y a menudo habría sido seducido por los neologismos de origen español que aparecieron en la lengua purépecha.⁴¹ El doctor León acusó a Ruiz de presentar su escrito como

³⁷ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 19.

³⁸ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 21. Por lo demás, esta afirmación va en contrasentido de los informantes isleños de la *Relación de Michoacán*, quienes sostienen en varios pasajes, que muchas palabras o vocablos que usan o dicen los serranos están “corruptos” o “corrompidos”.

³⁹ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 416-417. Véase la nota 1.

⁴⁰ LEÓN, *Los tarascos*, pp. 145, 150, 151, 153. Véanse, particularmente, las notas 10, 21 y 33.

⁴¹ LEÓN, *Los tarascos*, p. 155. Cfr., en el lugar citado, la nota 33.

la verdad extraída de las principales fuentes de la tradición —los documentos y los indios actuales— cuando en realidad, se trataría de una obra desfigurada por “la poética imaginación de [un] autor, [de estrechos horizontes críticos,] que todo lo convirtió en *leyenda*”.⁴² Después de haber revisado la literatura de la época referente a la civilización incaica y haber mantenido correspondencia con algunos de los maestros del peruanismo, como el Sr. D. Marcos Ximénez de la Espada, León consideró el origen incaico de los purépecha un dislate y una invención.⁴³

TERCERA CAÍDA: LA RESPUESTA DE EDUARDO RUIZ Y EL CONTRATAQUE DE NICOLÁS LEÓN

La atrabiliaria respuesta de León, sí hizo mella en Ruiz, quien en posteriores ediciones de *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, comenzó a ostentarse como socio de número de diversas agrupaciones académicas, entre las que se encontraba el Ateneo de Lima y la Sociedad de Geografía y Estadística de la República. No obstante, en los primeros alegatos de su defensa no duda en remitir al prólogo de su libro, donde con meridiana claridad refiere que, a pesar de existir obras que dan cuenta de la historia de Michoacán, éstas son insuficientes para confeccionar su historia, por lo que adopta el estilo legendario de narración cuyo germen se encuentra en esas mismas obras y en las tradiciones que conoció desde que era niño, con la esperanza de que haya algo de cierto, que pueda servir para que, más tarde, se escriba la “verdadera” historia.⁴⁴

No exento de ironía, Ruiz sostiene que, efectivamente, es un disparate afirmar que los tarascos vinieron del Perú, pero asegura que él nunca aseveró cosa semejante. Al remitir al prólogo original de su libro, nos recuerda que la idea es sólo una conjetura, y que como tal se mantiene en toda la obra, apoyándose en las semejanzas que él encontraba entre tarascos y peruanos, en tradiciones y ceremonias como la consagración y exequias de los gobernantes, documentadas por historiadores como William Prescott en obras como la *Historia de la conquista del Perú*,⁴⁵ en la tradición que

⁴² LEÓN, *Los tarascos*, pp. 152-153. Véase la nota 33. Cursivas del original.

⁴³ LEÓN, *Los tarascos*, p. 155. Confróntese la nota 33.

⁴⁴ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 450.

⁴⁵ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, pp. 452-453.

existía en el país de los incas de que unas tribus habían emigrado hacia el norte sin que se hubiese vuelto a tener noticia de ellas, en que los jefes hablaban entre sí un idioma secreto diferente del pueblo, y en la semejanza de nombres sudamericanos con los de sitios y pueblos de Michoacán, con la misma significación.⁴⁶

Respecto a que las migraciones siempre han ocurrido de norte a sur, Ruiz recuerda, citando la *Historia antigua del Perú*, obra de don Sebastián Llorente, que la humanidad creada por Pachacamac vino del sur y que los tarascos veneraban a las cuatro estrellas de la constelación del Sur, conocida como la Cruz de Mayo, misma que era invisible para los pueblos del norte y que los tarascos veneraban como La Puerta del Cielo. Antes de terminar su defensa —no sin antes desafiar a Nicolás León a sostener un duelo sobre sus conocimientos del idioma tarasco— Ruiz lo acusa de lo mismo que León le imputaba. En efecto, en sus escritos de los *Anales del Museo Michoacano*, donde en repetidas ocasiones —y a la vieja usanza de los editores del siglo XIX— el Dr. León fungía como único redactor, éste encontraba y señalaba semejanzas entre purépechas e... ¡Incas!⁴⁷

En efecto, en la segunda parte de su libro sobre los tarascos, el sabio polígrafo nos deja perplejos con sus afirmaciones. A pesar de las amargas disputas con Eduardo Ruiz, Nicolás León no desecha del todo el origen incaico. Contrariado por “el grave punto del idioma, tan absolutamente diverso [...] y [sin] ninguna semejanza con los demás”, pero sin ceder un ápice en la crítica a la interpretación de su rival —basada en el sistema etimológico Borundiano— concede que “*alguna que otra palabra se parece á ciertas de las de la lengua aymara del Perú*, sin que esta coincidencia se extienda á la parte gramatical”.⁴⁸

Abundando un poco más en torno a la polémica del origen y peregrinación de los tarascos, León postula una no menos estrambótica teoría. Como las migraciones nortea y sureña nada explican, sugiere virar hacia... ¡El oriente! Para buscar en el Caribe y en el África bantú los orígenes de esta gente y esta lengua tan distintas a las americanas.⁴⁹

⁴⁶ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 451. Ruiz soslayó la acusación de pertenecer a la Escuela Borundista o Borundiana, o al menos, parece no haberle concedido la mayor importancia.

⁴⁷ RUIZ, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, p. 453.

⁴⁸ LEÓN, *Los tarascos*, p. 19. Las cursivas son mías.

⁴⁹ LEÓN, *Los tarascos*, p. 42.

León no deja de trasparentar cierto racismo y un dejo de prejuicio académico. Originario de Quiroga, una población indígena que perdió el uso de la lengua tarasca, acepta haber sido dirigido en sus primeras investigaciones por indios “lenguaraces y nada científicos” (*sic*). Es curioso que llamase así a sus maestros, cuando consideraba que a pesar de uno que otro dislate que le habían hecho cometer en su investigación (*sic*) “todas sus restantes sugerencias fueron buenas, al grado que [...] en la actualidad [aún sostenía] las ideas entonces expresadas”.⁵⁰

Cuando Eduardo Ruiz reconoce como su “academia” a las tertulias literarias donde su padre y amigos —indígenas de sangre pura— estudiaban y hablaban tarasco, y afirma que fue ahí donde aprendió muchas cosas y oyó muchas tradiciones que le sirvieron, León aprovecha para escribir y decir lo que pensaba sobre

...los muy estimables sujetos de la *Academia tarasca*; sabían hablar su idioma *desfigurado* por el decurso de 300 años, pero no eran ni filólogos ni etnologistas. Pensaban con su cabeza [¿se puede pensar con otra cosa?!] é interpretaban con la amplísima libertad del mentir de las estrellas. No conocieron las obras de Lagunas, Gilberti, Basalenque y otros, menos aún la *Relación*, así es que no tenían ni siquiera esas pobres bases. Alentaban solamente con la *tradición* que había escapado de las *suaves amonestaciones catequísticas* y que no era la de los sacerdotes indios, sino “los recuerdos y confusos” de “viejos literatos” y por lo mismo “desaliñada, oscura, incoherente y en muchas ocasiones absurda”.⁵¹

CONSIDERACIONES FINALES Y REIVINDICACIÓN

Sea como fuere, la peculiar obra de Ruiz pervivió y se arraigó en las comunidades indígenas del Michoacán serrano y lacustre, a pesar de haber sido despreciada y ninguneada por los practicantes de la historia académica mexicana, desde finales del siglo XIX, y durante prácticamente toda la totalidad del siglo XX. Nicolás León y sus alumnos más destacados, como José Corona Núñez, terminaron por imponer su discurso academicista, mismo que

⁵⁰ LEÓN, *Los tarascos*, p. 152. Véase la nota 33.

⁵¹ LEÓN, *Los tarascos*, p. 154. Confróntese la nota 33. Las cursivas son del original.

hacía a los tarascos primos de los mexicas, lo que explicaría su valentía e indómito coraje.

No deja de ser emblemático que un personaje que reconcilió en su existencia, una formidable formación académica con una extraordinaria vocación literaria reconocida universalmente, haya sido quien otorgara el perdón de la historiografía a Eduardo Ruiz, después de prácticamente 100 años de excomunión académica, debido a sus heréticas interpretaciones. En efecto, el futuro premio Nobel de Literatura Jean Marie-Le Clézio, entusiasmado por la historia de los purépechas y consagrado a su estudio durante años —habiendo vivido algunos de ellos en el occidente de Michoacán (concretamente en el valle de Zamora y Jacona, muy cerca del corazón serrano del antiguo señorío tarasco)—, sostenía a finales del siglo xx que:

La leyenda de los purépechas procedentes del Sur, del otro lado de las tierras mayas, no es más inverosímil que la del reino de Aztlán y [...los lingüistas] ha[n] podido incluso reconocer cierto parentesco entre la lengua de Michoacán y la quechua de los incas peruanos. Hayan venido del Norte, de las regiones desérticas de Cíbola, o bien del Sur, del bosque donde nació la civilización maya, o incluso de allende los mares, los purépechas son realmente el pueblo del misterio, y quizá sea por eso por lo que llevan consigo, desde el comienzo de su historia, un secreto, una magia.⁵²

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ESPEJEL, Claudia (2008), *Relación de Michoacán. Instrumentos de consulta*, Zamora, El Colegio de Michoacán, en <http://etzakutarakua.colmich.edu.mx/proyectos/relaciondemichoacan/> [consultado el 25 de junio de 2025]
- LE CLÉZIO, Jean-Marie, *La conquista divina de Michoacán*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- LEÓN, Nicolás, “¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?”, en Angelina Macías Goytia (Compiladora), *La arqueología en los Anales del Museo Michoacano (épocas I y II)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993.

⁵² LE CLÉZIO, *La conquista divina*, p. 12.

- LEÓN, Nicolás, *Los tarascos. Notas históricas, étnicas y antropológicas, colegidas de escritores antiguos y modernos, documentos inéditos y observaciones personales. Historia primitiva, Descubrimiento y Conquista* [1903], México, Editorial Innovación, 1979.
- ROMERO FLORES, Jesús, “Prólogo a la presente edición”, en EDUARDO RUIZ (Compilador), *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, México, s.e., 1940.
- RUIZ, Eduardo, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas* [1891], prólogo de Jesús Romero Flores, México, s. e., 1940.
- RUIZ, Eduardo, *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas* [1891], México, Editorial Innovación, 1979.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México* [1880], México, Editorial Porrúa, 1960.

